2361

BALCON

209085



LA PRUEBA DE CHAPULTEPEC

Nunca fuimos optimistas en lo que al desarrollo del movimiento de Junio atañe. De algo nos serviría nuestra sensibilidad de gente que no es extraña al país y no en vano hemos visto cómo desde el primer día unos elencos efímeros —y a veces cómicamente desaforados— que sólo eran generosos para destruir, a turno de intriga se iban desplazando en el poder.

Hoy ya no está demás, en este paraíso de desmemoriados, recalcarlo: apenas se produjo el episodio militar desde las publicaciones que redactábamos entonces, señalamos explícitamente a los hombres del Ejército, con toda nuestra fuerza de convicción, la necesidad de que las impaciencias y los planes innovadores se ajustaran a la medida política, a la reforma capaz de ir al encuentro de la unidad nacional de los argentinos. Porque es un axioma que mientras se opera en política no se puede impunemente, al mismo tiempo, conmover otros aspectos, otras parcelas de la vida de la nación y del Estado. La revolución, para emplear una imagen al gusto bélico, debía concentrar su fuego, no desparramarlo inútilmente. Debía actuar con máxima energía y con mínima violencia.

Pero, sin duda, lo del 4 de Junio —hablemos mejor de fechas que de nombres— fué cualquier cosa menos un movimiento conducido. La fuerza prístina que le reconocimos siempre emana de su vigor elemental, de corriente que arrastra materias limosas —y como todo DETRITO*— aptas para abonar la tierra trabajada, para enriquecer los cultivos de la política.*

No nos cansaremos de repetir, que el 4 de Junio significa un sinceramiento no profundo sino a nivel con la realidad más realista del país. De ahí que, como hasta la fecha ocurre, éste, el país, a través de los hechos sucedidos se vea a sí mismo, con todos sus vicios, sin adornos, sin arreglo, como es. Y medio ahuritos todavía, comprobemos ya los argentinos todo lo que nos falta y todo lo que nos sobra para ser nación.

Si la revolución de Junio abruma con su batahola, si nos parece que ha ocurrido tiempo atrás y que lo inmediato anterior se queda en un pasado muy ausente, es porque su travesía se jalona con hechos abruptos, sin desbastar, es porque está llena de situaciones irresolutas. En lugar de ser previstos por una inteligencia y prietos en una acción resultó al revés: fueron las situaciones y los hechos consumados sucesivamente los que imprimieron la diversa, muy diversa por cierto, orientación.

Sin embargo, entre tantas figuras precarias, en medio de tan inestable contingencia hubo quien no perdió el hilo, hubo quien afirmó la continuidad, hubo quien con perfil propio sobresalió entre los demás. No deja de parecernos angustiosa y dramática esta lucha entablada por la voluntad de un hombre que ambiciona personificar la circunstancia y que una y otra vez se estrella contra el macizo anónimo del 4 de Junio, contra la íntima y oscura propensión de un conjunto que no desea dueño, no quiere ser de nadie.

Pero la feroz ignorancia del medio y esa ridícula beatería apolítica propias del equipo militar, destacaron, por contraste, la presencia del único hombre al que, en fin, se le había ocurrido arrojarse a la lucha, "hacer" política. Y con el Estado, ni más ni menos, por megáfono hizo, pues, política el Coronel Perón: a su modo, política gruesa, de altavoces.

Así, servido siempre por la torpeza de las propagandas y de los partidos adversarios, consiguió en jornadas llenas de ese humo de fábrica, espeso como niebla, que despiden las muchedumbres, la elaboración de un 4 de Junio positivamente popular.

Líbrenos Dios de incurrir en menosprecio acerca de lo que hay de bueno y noble, de fe asumida, jurada, en una adhesión del pueblo. Pero si se mira bien, si se lo analiza en sus fundamentos y en sus consecuencias el caso Perón, el fenómeno peronista, muestra entonces su llaga, su impotencia, su cojera. Es el caso de una inversión de la política. El error del Coronel Perón fué creer que unas formas políticas caducas podían sustentar nada menos que una mística social. El fenómeno peronista ha cegado, en efecto, las vías políticas con obstáculos y rellenos de índole social. Y se promovieron cuestiones sociales mientras la cuestión política precisamente quedaba a fojas uno, sin resolver. Y al paso que se eludía o se relegaba a un segundo término todo aque-

S U M A R I O


BIBLIOTECA NACIONAL 1947 BUENOS AIRES

Escaneado con CamScanner

llo que bajo ningún concepto se debía esquivar, cobraban, cobran cuerpo, insertados gratuitamente en la política, problemas que gravitan ya en la relajación de los vínculos de la comunidad.

Carente de una formulación siquiera discreta, sin el más mínimo asidero en valores de cultura o de espíritu, y lo que parece aún más increíble, refractario a toda verdadera tendencia, el fenómeno peronista, en definitiva, se sitúa en las antípodas de la Revolución Nacional, paradójicamente al lado de sus adversarios. ¿Qué pueden oponer los peronistas que no sea demagogia a la democracia? ¿Qué han de decir de los partidos del régimen si aceptan su misma ideología?

Y sin embargo, la última instancia de interpretación, diríamos, del caso Perón dependía de su política exterior. Es, desde luego, en la política internacional donde se vuelve más notoria la ausencia de una conducta, de un estilo políticos. El movimiento de Junio reveló su acefalía justamente en trances de política exterior. La sombra de la neutralidad, en resumen, lo ha amparado.

Hipotéticamente los desaciertos del Coronel Perón podían volverse un solo acierto, incluso sus devaneos sociales podían adquirir una genial explicación si luego el Presidente de la República hubiese demostrado que el proceso entero estaba dirigido a estimular por cualquier medio —a exagerarlo incluso— el sentido de lo nacional; si hubiese demostrado que todo ello se supeditaba a una apreciación muy neta de la circunstancia exterior y del papel de la Argentina ante el mundo; si hubiese demostrado tener conciencia positiva y negativa de lo que la Argentina puede y no puede, de lo que en su nombre no se ha de ofrecer, ni pedir, ni menos comprometer. La conciencia política exigía vida nueva, vida propia en el Estado, formas políticas capaces de reflejar la Nación. En una palabra, apta para vincularnos a los argentinos en un muy hondo sentir nuestra existencia común.

Hoy estamos como de vuelta a los días de la declaración de guerra, en que esa sombra ya fantasmal de la neutralidad rondaba por los acuerdos de ministros como la de Banquo en los banquetes de Macbeth. Pero ahora la ruptura estalla por el lado de adentro. Se ha quebrado el frente interno de la revolución. Ya los errores del Gobierno no se podrán imputar a la nueva política, sino que recaerán sobre los toscos hombros de esta nueva democracia. Ahora lo de Chapultepec deja el caso Perón en el vacío. Nosotros no diremos aquí que la soberanía se pierde. No, el país argentino no se entrega así, a resultas de lo que diga un tratado. Se pierde la posibilidad de armar una política y seguramente la abundante suerte del caso Perón.

UN CATOLICISMO TERRESTRE

El artículo anterior[1] lo cerrábamos con esta pregunta: "¿Es cierto como presume el R. P. Garrigou Lagrange que Maritain en sus últimos libros social-políticos no incurre, implícitamente al menos, en una concepción política y terrestre del cristianismo?". Vamos a examinar aquí esta cuestión, señalando previamente, y muy de paso, las formulaciones concretas con que se presenta modernamente este error.

Una concepción terrestre del catolicismo

Comencemos por dejar bien aclarado que para la teología católica no hay ni puede haber otro cristianismo que el catolicismo de la Santa Iglesia. Porque la Iglesia es una totalidad viviente en Cristo y en Dios. Y Dios y su Cristo no viven sino en la Iglesia. La impiedad de los tiempos modernos ha creado esa "monstruosa nomenclatura filosófico-cristiana, al decir de Balmes, que no se olvida jamás de mezclar el cristianismo entre las sectas filosóficas", y que pretende darnos por cristianismo lo que no puede ser sino su triste máscara. En un estudio como el presente en que se examinan posiciones de un filósofo católico, damos por descontado que no hay otro cristianismo que el catolicismo. (Ver el libro "De Lamennais a Maritain", pág. 313.) Fuera de la Iglesia podrán existir sectas denominadas cristianas por razones históricas pero no existirá cristianismo.

Aclarado esto, advirtamos que después de dos milenios de presencia en la vida de los pueblos occidentales, la Iglesia puede ser negada y despreciada pero no ignorada. Pero aquí está la cuestión, si la Iglesia es una *Realidad Sobrenatural*, ¿cómo puede ser conocida por los que no tienen fe, esto es, por aquellos que están privados de los ojos que únicamente nos facultan para conocer lo sobrenatural? Estos tales, los incrédulos, no pueden conocer a la Santa Iglesia en su realidad adecuada y verdadera; con sus ojos carnales sólo pueden verla en su aparato organizativo visible, en sus grados jerárquicos — el Papa, los obispos, sacerdotes y laicos, órdenes religiosas—; en su doctrina, sacramentos, instituciones, obras, en su historia. Una visión de la Iglesia en esta su actividad externa tal como aparece a ojos carnales, puede admitir tantas interpretaciones cuantas sean las mentes humanas, que aquí podemos clasificar en dos grandes corrientes, una, de conservación social con la estima de la tradición, la autoridad y las jerarquías y todos los otros valores heredados de Grecia, de Roma y del Medievo; otra de disolución social, que sobre las ruinas de aquellos valores, pretende edificar una civilización *totalmente* nueva, donde el hombre o la persona humana se halle totalmente emancipada.

La primera concepción podemos denominarla *derechista*, la segunda, *izquierdista*.

La concepción terrestre derechista del catolicismo.

Entre los incrédulos que se han forjado una concepción derechista de la misión de la Santa Iglesia, descuellan Comte y Maurras. De este segundo autor, celebérrimo por *l'Action Française*, pueden citarse páginas y páginas, llenas de admiración, en que se reconoce a la Iglesia, como "la amiga mejor de cada hombre, la bienhechora común del género humano", y de la que *l'Action Française* ha extraído las ideas favoritas de "orden, tradición, disciplina, jerarquía, autoridad, continuidad, unidad y trabajo, familia, cooperación, descentralización, autonomía, organización obrera." Limitemos a reproducir un pasaje sumamente característico. "Se pueden extraer de mis libros de otro tiempo, dice el mismo Maurras, palabras que expresan pensamientos, sentimientos inaceptables para la Iglesia y que le causan horror. Cuando he reeditado varios de estos escritos, he suprimido lo que podía ser entendido o interpretado como expresión de un acto intencional o voluntario de ofender a esta Iglesia a la que había saludado como la más antigua, venerable y fecunda de las cosas visibles y la más santa idea del universo: así se manifestó el sentimiento que me inspira la Iglesia del orden. Pero ninguna muestra de respeto que va creciendo con mis reflexiones y el número de mis años puede equivaler a señales de ortodoxia ni a los símbolos de la fe y veo con indudable claridad, cómo algunas páginas que aún subsisten pueden y deben chocar a las almas fieles." (*La Démocratie religieuse*, pág. 528, citado por *Pourquoi Rome a parlé*, pág. 107).

En este error han incurrido también católicos eminentes, como De Boanald, y el Lamennais anterior a *L'Avenir*, sobre todo en su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión*.

Una concepción terrestre izquierdista del cristianismo.

Entre los que han defendido una concepción terrestre izquierdista del catolicismo podríamos señalar, en primer lugar a los impíos que desde Rousseau a Marx y Feuerbach, llenos de odio a la Iglesia, han querido realizar directamente en el plano terrestre sus verdades sobrenaturales. Pero aquí vamos a ceñirnos a los incrédulos que han sentido admiración por la Iglesia y a los católicos.

El caso más típico de los primeros lo constituye el socialista Saint Simon, quien en su *Nouveau Christianisme*, dirige al Papa la curiosa exhortación: "Vuestros antecesores han perfeccionado suficientemente la teoría del cristianismo, la han propagado suficientemente; es menester que os ocupéis ahora de la aplicación de la doctrina. El verdadero cristianismo debe hacer a los hombres felices no sólo en el cielo, sino también en la tierra. Vuestra tarea consiste en organizar la especie humana según el principio fundamental de la moral divina. No conviene que os limitéis a predicar a los fieles que los pobres son los hijos queridos de Dios, es necesario que uséis, franca y enérgicamente, de todos los poderes y de todos los medios de la Iglesia militante, para mejorar prontamente el estado físico y moral de la clase más numerosa". (*Le nouveau christianisme*, citado en "De Lamennais a Maritain", pág. 312).

Este pasaje de Saint Simon es sumamente sugestivo porque en él invita a la Iglesia a colaborar en la realización de la "teoría del cristianismo". Y ¿cuál es este cristianismo que se trata de llevar a la vida real de los hombres? Es el programa mismo de la Revolución sintetizado en la famosa trilogía de "Libertad, Igualdad, Fraternidad" que Rousseau había hecho célebre y que Buchez expresa cuando, en 1836 escribe: "La Revolución Francesa es la consecuencia última y más avanzada de la civilización moderna, y la civilización moderna ha salido entera del Evangelio. Es un hecho irrecusable, si se estudia la historia, particularmente la de nuestro país y si se analizan los acontecimientos y sus ideas motrices. Es también un hecho innegable si se examinan y se comparan con la doctrina de Jesús todos los principios que la Revolución inscribió sobre sus banderas y en sus códigos, y estas palabras de igualdad y de fraternidad que puso a la cabeza de todos sus actos y con las que justificó todas sus obras". (Citado en "De Lamennais a Maritain", pág. 312).

Entre los católicos el caso primigenio y típico lo constituye Lamennais, quien sin abandonar la creencia en el dogma de la misión sobrenatural de la Iglesia —de abandonarlo hubiera dejado por ello de ser católico— ha elaborado un programa de realización terrestre izquierdista del cristianismo. Tal fué su cristiandad de *L'Avenir*. Los pasajes textuales los hallará el lector en mi libro "De Lamennais a Maritain".

La concepción terrestre izquierdista del catolicismo en la "Nueva Cristiandad" de Maritain.

Vengamos a Maritain y comencemos por advertir que aquí no juzgamos ni su persona ni sus intenciones sino su teoría de "La nueva cristiandad", tal como ella surge de escritos diseminados en más de quince volúmenes; tampoco

Escaneado con CamScanner

hemos juzgado ni la persona ni las intenciones de Lamennais si no tan sólo su programa de *L'Avenir*.

1º *Los dos cristianismos.*

Maritain como católico que se profesa admite la *sobrenaturalidad* de la Santa Iglesia. Pero Maritain, constructor de la "Nueva Cristiandad" nos habla de un *cristianismo, terrestre, temporal y político.* Pareciera entonces haber dos cristianismos.

Así, en efecto, lo afirma Maritain en un pasaje importante de *Christianisme et Democratie* (página 43) que merece ser reproducido íntegramente: "No es sobre el cristianismo, dice, como credo religioso y camino hacia la vida eterna la cuestión que aquí se plantea, sino sobre el cristianismo como fermento de la vida social y política de los pueblos y como portador de la esperanza temporal de los hombres; no es sobre el cristianismo como tesoro de la verdad divina mantenido y propagado por la Iglesia, es sobre el cristianismo como energía histórica accionando en el mundo. No es en las alturas de la teología, si no en las profundidades de la conciencia profana y de la existencia profana que el cristianismo actúa así, tomando a veces formas heréticas o hasta formas de revuelta en las que parece negarse a sí mismo como si los trozos rotos de la llave del paraíso, al caer sobre nuestra vida de miseria y al aliarse con los metales de la tierra, lograsen mejor que la pura esencia del metal celeste, activar la historia de este mundo".

Maritain habla aquí de dos cristianismos perfectamente separables, dado que el terrestre, político o temporal puede tomar "a veces formas heréticas o hasta formas de revuelta", cosa que no puede admitirse en el cristianismo como "credo religioso y camino hacia la vida eterna". Luego Maritain además de la Santa Iglesia sobrenatural admite un cristianismo terrestre y político.

2º *La "nueva cristiandad", un cristianismo terrestre y político.* Este cristianismo terrestre y político es su "nueva cristiandad" como en Lamennais lo era la cristiandad de *L'Avenir*. (Ver en "De Lamennais a Maritain", pág. 11-51); un cristianismo esencialmente diverso de la cristiandad medieval, (ver *ibid.* de 53 a 117); esencialmente naturalista (ver *ibid.* 117-166); un cristianismo en el que pueden estar de acuerdo "hombres que poseen puntos de vista religiosos o metafísicos muy diferentes y hasta opuestos —materialistas, idealistas, agnósticos, cristianos y judíos, musulmanes y budistas" (artículo de Maritain aparecido en *El Pueblo* de Bs. Aires el 13. V. 45. Ver "De Lamennais a Maritain", pág. 166 a 216); un cristianismo que coincide punto por punto con la célebre "Democracia del *Sillon*", condenada por Pío X. (Ver *ibid.* 217 a 304); un cristianismo que realiza con barniz católico el programa mismo de la Revolución (ver *ibid.* 305 a 350).

Mi libro entonces "De Lamennais a Maritain" va examinando en sus diversos aspectos este cristianismo terrestre y político, a través de todas y de cada una de las 395 páginas que forman el volumen; tanto que la *Conclusión* que pone remate a los seis estudios precedentes muestra cómo las ideas de "Libertad, Igualdad, Fraternidad, Progreso" llevadas *directamente* al plano político y terrestre, en lo que se empeñan Lamennais en *L'Avenir* y Maritain en su "Nueva Cristiandad", implican la carnalización de lo sobrenatural, en lo cual consiste precisamente el anticristianismo. No podemos trasportar aquí a una página la documentación que llena todo nuestro libro.

Por esto no podemos entender en qué se funda el R. P. Garrigou Lagrange para sostener que no existe en Maritain este error que es el principal en Lamennais, porque como advertimos, en la página 25 de nuestro libro "esta dicotomía, operada en la unidad del ser humano, abiertamente explicitada en Maritain y sólo implícita en Lamennais, ha de llevar a uno y a otro a establecer un *progreso en la historia,* el de la Revolución, que se opera al margen de la Iglesia y les ha de llevar por lo mismo a establecer *dos cristianismos*".

En la profesión de un cristianismo terrestre y político el Maritain de la "Nueva Cristiandad" es más explícito que el Lamennais de *L'Avenir*. Todo nuestro libro está allí para demostrarlo. Si no lo lograra que se demuestre porqué pero no se nos diga que Maritain no profesa ese error porque "no olvida que ha escrito su Primauté du Spirituel". Maritain no lo habrá olvidado. Pero su "Nueva Cristiandad" que es propuesta a los católicos de hoy como "un objetivo apto a ser *querido* plena e íntegramente, y a arrastrar eficazmente las energías humanas" (Maritain, *Du régime*, 131) sí, lo ha olvidado.

Reiteramos aquí lo que llevamos dicho en nuestro artículo anterior. Desearíamos sincera y vivamente que un teólogo autorizado conocedor a fondo de la última literatura maritainiana señalara los puntos vulnerables de nuestra crítica. Al acometer por vez primera en el mundo un estudio prolijo de la "Nueva Cristiandad" de Maritain, teníamos plena conciencia de la difícil y arriesgada empresa, no sólo por la indiscutible competencia de su autor y por el apoyo habitual que sus opiniones merecen entre los tomistas sino aun también por la complacencia con que ese tipo de pensamiento es recibido en la enfermiza y confusa mentalidad contemporánea. Pero lo que interesa ahora y para nosotros sería sumamente deseable, es que se nos muestre la inexactitud de nuestra crítica.

Mientras tanto, no ha de ser ocioso advertir que flaco favor se hace a la indiscutible valía filosófica de Maritain, al pretender reducir su error a una mera falla práctico-práctica. Demasiado filósofo es Maritain para tomar actitudes vitales —¿y puede darse algo más vital que su actitud política frente a los hechos contemporáneos?— que puedan desconectarse de su condición de filósofo. Puestos a disculparle, preferiríamos que se dijera que el propósito inicial de Maritain, de carácter apostólico, que noblemente prendió en él tendiente a lograr el acercamiento del hombre moderno a la Iglesia, propósito de suyo arriesgado, ha sido desvirtuado por el ardor de las confusas luchas actuales y ha degenerado en formulaciones, cada vez más comprometedoras que, sometidas a riguroso análisis teológico deben ser condenables, pero que podrían ser benignamente interpretadas. Confesamos que no nos disgusta esta hipótesis. Pero ella está fuera de nuestro propósito, que no es poner en claro el caso *personal* de Maritain sino examinar, a la luz de la enseñanza católica, su famosa teoría de la "Nueva Cristiandad" que anda por el mundo produciendo confusión y ruina.

JULIO MEINVIELLE.

(1) Ver en el número 10, del 9 de agosto, de BALCÓN, el artículo "De Lamennais a Maritain".

NOCTURNO

Tengo compasión y horror de decirlo con palabras.

Esta enfermedad que siento porque el mar está aquí al fin, después del tiempo y de las ciudades.

Ha llegado el monstruo de Dios, el fuerte, para embargar nuestra imbecilidad y gritar al temerario: "eh, ya es el momento".

Nosotros sabíamos que llegábamos al mar huyendo lentamente del viejo mundo de nuestra vida.

Sin palabras por este corredor, como por una costilla del Enorme flotando al vendaval.

Ahora, amigo, déjame cumplir la terrible prueba, ahora que hemos dejado tan lejos los normales hombres y la paz de los que no lloran.

Cuando yo me arroje al poderoso abismo va a gritar mi boca ahogada en el oleaje.

Nadie podrá salvarme, tan lejos, nadie se atreverá a oírme en esta noche sin estrellas.

Mientras a ti, amigo, el viento infernal crucifica en la roca, el cuerpo frenético como tus cabellos arrojados.

Y me acordaré de Dios para argumentarle cansadamente sin ansiedad.

Como para convencerlo de que mi locura era más fuerte que yo mismo frente a la brutal liberación.

Y las crestas respondiendo batirán por toda la noche del mar sus salvajes versos.

Para decir la desmedida tragedia desta soledad que nadie escucha.

Yo gritaré inútilmente: oye, amigo, mira qué abismo separa a los humanos.

Pero al montón viviente qués este hombre le fué necesario el hondo abrazo hercúleo.

Para saber qué cosa es el vivir y el morir, y también la alta esperanza de algún barco cazando a los peces más tardíos.

Entretanto el último peñón estará lejos, y navegaré ridículamente sin remos por las trombas.

Y diré rezando en el mar: he aquí el pobre hombre, a cuyo cuerpo y alma faltaba el rasgo de la fina perdida arquitectura.

Pero ya ha dado el salto mortal a este misterio que lo mate. O que le dé en premio la vida, esa nocturna palabra extraña.

JORGE C. LLOVEA.

Escaneado con CamScanner

ANTIPANAMERICANISMO DE DARIO

En nuestra tarea de reivindicación de lo hispánico como esencia de nuestra nacionalidad y de nuestra cultura, es interesante comprobar cómo los más altos genios de Hispanoamérica coinciden radicalmente en la afirmación de esta esencialidad, tanto en lo vertical —hondura y altura— de su obra, como en lo horizontal o sea en su proyección histórica. Porque se puede ser, como Sarmiento, históricamente anti-hispánico y constitucional y vitalmente hispánico, lo que demuestra por otra parte una falla esencial de su genio. Pero yo me refiero a genios integrales como Bolívar, que, aunque colocado políticamente frente a España, conoció y defendió las esencias hispánicas de nuestra Historia y de nuestra Política, y así su revolución fué una revolución española contra España, o mejor dicho contra la España borbónica de aquel entonces. Y es interesante observar que la misma Historia falsificada de la Leyenda Negra se ha encargado de forjar, a la medida de esta Leyenda, la figura de un Bolívar, anti-hispano, liberal, masón y hasta *panamericano*.

Rubén Darío, el más alto poeta de Hispanoamérica y el máximo representante de su cultura, fué en un principio presentado como un glorioso trasplantador de la poesía francesa a nuestra literatura. Se abusó de sus alejandrinos franceses, de sus crónicas versallescas, de su ingenua y pecaminosa devoción juvenil por el París que capitalizaba los anhelos artísticos y exóticos de los románticos hispanoamericanos de fin de siglo.

Quienes así juzgaron y entendieron a Darío eran también devotos decimonónicos de la bohemia artística de París. Y aun la piqueta demoledora de nuestro querido y admirado amigo Anzoátegui, no hace sino raspar sobre esa superficie galicista de la vida y de la obra del poeta, sin llegar a las entrañas de las mismas.

Sin embargo, una crítica más honda y reposada ha venido a establecer lo auténticamente hispanoamericano de Darío, su aporte americano, tropical y mestizo, a la literatura española, su revolución artística verdadera que no es una revolución de escuela francesa, aunque se reconozca en él la influencia de Verlaine y los simbolistas, sino la revolución idiomática y espiritual del mundo americano incorporado a la Cultura Hispánica por obra y gracia de la fusión de dos sangres, la india y la española, bajo el signo de la Fé y del Espíritu de España. Porque España no es ni ha sido otra cosa que fusión de pueblos y de culturas, pero con la poderosa capacidad de absorción espiritual que señala Waldo Frank cuando dice que "*todo lo que entra en España es España*". Así el indio de América, como el árabe de la Península, fué absorbido por España. Y con mayor facilidad por su calidad de *conquistado*, contraria a la del árabe que llegó a España como *conquistador*, y porque el indio no poseía como éste una nacionalidad. América, en el decir exacto de Pablo Antonio Cuadra, era "una tierra poblada pero sin pueblos". Fueron los españoles los que vincularon a los indios a la tierra enseñándoles a trabajarla y les dieron la unidad de una religión y de una lengua. Vale decir que fué España la fundadora de la nacionalidad hispanoamericana, y de aquí que esta nacionalidad sea *española* y no *indígena* como pretende el indigenismo político y *snobista* de actualidad.



Rubén Darío es, en el Orden de la Cultura, el primer fruto realmente nuevo y diferenciado genéricamente, de esa fusión étnica indo-española. Es el primer indicio poderoso de que lo americano, al ser incorporado a España, es capaz de renovar y fertilizar lo hispánico. Es así cómo Darío lleva su revolución artística a la misma España. Con Darío la literatura española se rejuvenece, se opera una manumisión del verso castellano y una renovación del idioma. El verbo de Juan Ramón Jiménez tiene las alas tropicales y libres de Darío.

Pero Darío es España. La España de América y la España de España. Sus incursiones parisinas son devaneos juveniles. Y él lo sabe. Por eso en el prólogo de "*Prosas profanas*" dialoga con el abuelo español: "Abuelo, preciso es decíroslo: Mi esposa es de mi tierra, mi querida de París." Y cuando llega a España se encuentra a sí mismo y encuentra a España, a la España verdadera que entonces la habían perdido los propios españoles.

En los momentos en que España sufre una de las crisis más dolorosas de su historia después de ser expulsada de Cuba por los Estados Unidos y en medio del más negro pesimismo de la hora, entona Darío el magnífico canto profético al optimismo:

"Inclitas razas ubérrimas, sangre
[de Hispania fecunda
¡Espíritus fraternos, luminosas al-
[mas ¡Salve!".

Y apostrofa a los débiles, a los cobardes, a los torpes adoradores de lo *meteco*, azotándoles el alma con el látigo sonoro de su exámetro:

"¿Quién será el pusilánime que al
[vigor español niegue músculo,
o que al alma española juzgase áp-
[tera y ciega y tullida?".

"La poesía y la profecía —escribe Anzoátegui— sólo están en la lógica de Dios". Pensamiento que encuentra un complemento político en aquel grito de José Antonio Primo de Rivera: "¡Ay de los pueblos que no escuchan la voz de sus poetas!".

La voz del más alto poeta hispanoamericano está aquí en sus "*Cantos de Vida y Esperanza*", preñada de profecías para nosotros. En la plenitud de su vida y de su obra, después de haber divagado por campos azules de juventud ardiente y soñadora, después de haber sufrido su sangre mestiza indo-española el impacto sorprendente de la cultura europea dejándole el alma nativa atónita y deslumbrada, Darío llega a España, o mejor dicho *regresa* a España por el camino ineludible de su sangre y de su cultura hispano-cristiana. Y entonces se realiza el milagro total de su genio y de su arte. Su verso se enciende en claridades proféticas. El poeta es ya el *vate*, el que vaticina, el que debe ser escuchado por su pueblo según el clamor de José Antonio. Y Rubén Darío, el nicaragüense, habla para su pueblo, y su pueblo es España, la España de los dos continentes y de todos los continentes. Darío habla para la Hispanidad.

Su voz hispánica se levanta colérica y tremenda, urgida por el atropello imperialista perpetrado en Panamá, para abofetear a los bárbaros del Norte, "*hombres de ojos azules y alma bárbara*", y enrostrarles la brutalidad y la miseria espiritual de su agresión frente a esta América nuestra "que aún reza a Jesucristo y aún habla en español":

"Se necesitaría Roosevelt ser por
[Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Ca-
[zador,
para poder tenernos en vuestras
[férreas garras,
y pues contáis con todo, falta una
[cosa: ¡Dios!".

Y ante la avalancha del poderío yanqui con su panamericanismo absorbente, el poeta se pregunta con angustia terrible:

"¿Seremos entregados a los bárba-
[ros fieros?
¿Tantos millares de hombres habla-
[remos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bra-
[vos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar des-
[pués?".

Pero en España está la respuesta a su pregunta angustiosa. Y esta respuesta es un acto de fé, es una profecía y un mensaje de hispanidad:

"Mientras el mundo aliente, mien-
[tras la esfera gire,
Mientras la onda cordial alimente
[un ensueño,
Mientras haya una viva pasión, un
[noble empeño,
Un buscado imposible, una impo-
[sible hazaña,
Una América oculta que hallar, vi-
[virá España!".

"*Al Rey Oscar*".

"Un continente y otro renovando
[las viejas prosapias
"en espíritu unidas, en espíritu y
[ansias y lengua,
"ven llegar el momento en que ha-
[brán de cantar nuevos himnos
" la latina estirpe verá la gran alba
[futura.
" Ya veis el salir del sol en un
[triunfo de liras,
" mientras dos continentes, abona-
[dos de huesos gloriosos,
" del Hércules antiguo la gran som-
[bra soberbia evocando,
" digan al orbe: la alta virtud re-
[sucita
" que a la hispana progenie hizo
[dueña de siglos".
" Unanse, brillen, secúndense tan-
[tos vigores dispersos,
"formen todos un solo haz de ener-
[gía ecuménica".

"*Salutación del Optimista*".

Escaneado con CamScanner

En la cumbre de su genio y de su arte Rubén Darío es pues sin duda el poeta de la Hispanidad. Y en estos momentos de continentalismo panamericanista, cuando los pueblos hispanoamericanos están siendo engañados por una ensordecedora propaganda, por una propaganda tan espesa, tan total y totalitaria que toda otra voz parece perdida y estrangulada, es necesario que enarbolemos esos versos admonitivos y tremendos como una arcangélica espada sonora de poesía que rasgue el poderoso coro sordo del engaño para que nuestros pueblos escuchen la clara y argentina voz de los poetas.

Por eso Darío, genial y profético, nos ligaba vitalmente a España en espíritu y en destino:

"Un continente y otro renovando
[las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y
[ansias y lenguas".

El único poema de Darío que tiene acento panamericanista es el poema diplomático "*Salutación al Aguila*". Y digo diplomático porque fué escrito en una Conferencia Panamericana de Río de Janeiro a la que Darío asistió como delegado de su patria, y el poema nació quién sabe en qué circunstancias de compromisos políticos. El mismo Darío se encarga después de quitarle toda vigencia moral y todo valor de expresión artística verdadera cuando en su "Epístola a Madame Lugones", declara enfáticamente:

"En Río de Janeiro
panamericanicé,
con muy poca esperanza
y sin ninguna fé".

En cambio queda en pie su formidable ofensiva lírica contra el imperialismo del Norte y sus magníficos cantos de Profeta de la Hispanidad.

Recojamos esa poesía enorme y temible y démosle vigencia de mística y violencia de consigna en el corazón de nuestras juventudes y de nuestros pueblos, para iluminar con ella, en esta hora ciega, la ruta de nuestro Destino.

JULIO YCAZA TIGERINO.
(*Nicaragüense*)

DEMOCRACIA FEMENINA

Los usufructuarios de la Revolución, si cabe insinuar así, pero muy débilmente, cierta distinción entre los revolucionarios verdaderos y los que han sabido llevar las aguas de la revolución a su molino, han dado muchas, demasiadas, pruebas de su capacidad de maniobra. En la adaptación empirista, oportunista, no exenta de un cinismo despiadado, a la realidad en que se desarrolla la acción es fácil reconocer el estilo de la mentalidad profesional —política militar— que la conduce. No es la primera vez en la historia que la política, tornada *guerra con otros medios*, para decirlo con la antítesis de cierta ya clásica definición de la guerra, da lugar a la aplicación de métodos estratégicos en los dominios de la prudencia propia de la legislación y del gobierno.

Lo cierto es que los hombres de la Revolución de Junio (en definitiva las revoluciones pertenecen a quienes las dominan o las domestican) aceptaron la lucha, —y aún la prepararon— en el campo elegido por sus enceguecidos adversarios, y la que hubo de ser, al menos en intento, dictadura nacional, con programa de reforma institucional restauradora, pronto se convirtió —conversión de 180° — en la más avanzada de las revoluciones. A favor de la ola, cabalgando en su cresta, mediante el más enérgico y audaz empleo de la demagogia, la revolución militar se sucedió a sí misma a pesar de la vuelta al orden constitucional, por lo demás harto descalabrado. Se usó de la moderna democracia como simple instrumento para superar la feroz embestida de la Democracia, que, en ultraliberal, pero nada contra natura contubernio, aceptara la alianza comunista y el apoyo extranjero.

El éxito de la táctica, toda hecha de concesiones, retiradas, zigzagueos, contragolpes, despegues, resistencias, flanqueos y envolvimientos en los que se percibe la violencia de la guerra, ya abierta, ya de zapa, y el esquema profesional que dirige la contienda, podría ser sin embargo ocasión de un fracaso final, si el lujo beligerante de la acción y cierta complacencia en el exceso del engaño y de la astucia acabasen por desmoronar la posición establecida.

Es ésta la raíz de la angustia y de la ansiedad con que siguen los patriotas la gestión del nuevo gobierno que en el breve plazo transcurrido ha conseguido desconcertar o defraudar una expectativa tan amplia como generosa.

La ratificación sin la menor reserva de las actas de Chapultepec lo ha mostrado una vez más poniendo valores supremos en el tapete de la azarosa ventura, y el proyecto de ley votado por el Senado sobre derechos políticos de la mujer, precursor de otras medidas por igual contrarias a las costumbres nacionales y a las más puras tradiciones de nuestra patria, permiten denunciar un cambio de rumbo, si no gravísimo extravío, susceptible de privar al Estado, de todo norte y de toda estabilidad.

Acerca del voto femenino callaremos hoy una consideración fundamental sobre su valor de símbolo como falsa emancipación de la mujer y como síntoma social de lamentable decadencia. Callaremos toda objeción a las inepcias que han asociado la acción redentora y dignificadora del cristianismo con ésta muy distinta emancipación moderna de la mujer.

Así como el Cristianismo en la única y verdadera Iglesia de Cristo no tuvo que esperar el advenimiento del Progreso y de la Democracia modernos para redimir y dignificar a los pueblos y a las naciones, igualmente, no ha tenido que esperar a la mujer en la fábrica y a la mujer en los comicios para extender a las hijas de los hombres los beneficios de la Redención. Veinte siglos de civilización cristiana, puestos bajo el amparo de la Virgen, madre de Dios, encendidos en el más puro amor de caridad exhiben en trono de Reina a la que esclavizara el Paganismo aún cuando a las veces la otorgara el rango de los ídolos y refutan la estúpida calumnia.

No entraremos a la cuestión de fondo, no juzgaremos la nueva medida, que pareciera dictada en perfecto acuerdo con la política de concesiones morales y de quiebra de la conciencia nacional que inaugura Chapultepec; no insistiremos sobre la esterilidad que desde el punto de vista institucional comporta la intervención electoral de la mujer; callaremos el daño que deriva de todo cambio artificial de las costumbres, de toda agitación sin sentido de la estructura tradicional de las sociedades.

Si la intención, harto atrevida y desquiciante, promueve tal medida política como resorte de circunstancias, imitación grotesca y colonial de modalidades exóticas, a fin de tomar una vez más la iniciativa sobre el adversario tenaz, conquistando el sentimiento de la mujer a causa del *modernismo* de la innovación, entonces podemos preguntarnos si es lícito subordinar una reforma tan grave de las costumbres nacionales, cualesquiera sean sus consecuencias, a la conveniencia circunstancial de la lucha por la conservación o la conquista del poder, que así quedaría vaciada de toda finalidad trascendente la dirección de los negocios públicos.

Política vidriosa, artificial, quebradiza, la que no vacila en alterar las formas sanas de la tradición argentina en procura de éxitos electorales.

De igual modo que en la guerra hay límites para la libertad de maniobra, estando vedada la traición y toda violencia a las normas de la guerra misma, convirtiendo por ejemplo la derrota en victoria mediante el demasiado simple expediente de pasarse al enemigo, así también en política. No es lícito ni sirve, por ende, para nada, menos para vencer al adversario hacer uso de sus armas si son torpes, adoptar sus consignas, poner por obra sus designios. Una tal victoria fuera más paradójica y falsa que la victoria de Pirro.

H. A. Ll.



ANALOGIAS DE LA HISTORIA

5 de Octubre de 1789.	*17 de Octubre de 1945.*
La multitud amotinada se encamina a Versalles. Sólo La Fayette, el ídolo del pueblo, calma sus arrestos, al presentarse en el balcón junto con Luis XVI. Los revoltosos aclaman a ambos, guardando su rencor para María Antonieta.	*La multitud amotinada se encamina a la Plaza de Mayo. Sólo Perón, el ídolo del pueblo, calma sus arrestos, al presentarse en el balcón junto con Farrell. Los revoltosos aclaman a ambos, guardando su rencor para Vernengo Lima.*

El distinguido historiador y ahora ciudadano de América, doctor Diego Luis Molinari, descubridor de tan interesante analogía, olvidó, al parecer, este hecho: La Fayette, que en sus manos todo lo tuvo y todo lo perdió, no supo después interpretar los íntimos anhelos populares, pagando al poco tiempo su error con el destierro. Y quienes, con toda razón, niegan que la historia pasada pueda repetirse exactamente, mediten cómo las buenas maneras dieciochescas del *exil* han cedido lugar a la canallesca variante ítalo-boliviana.

....

Tras la cínica sonrisa, el pavor mete frío glacial en los huesos.

LOS JOVENES FRENTE A SU JUVENTUD (*)

I

Sin intención paradojal comienzo por afirmar que la consideración por jóvenes del tema de la juventud y no de la juventud en abstracto, sino de la que están viviendo, de la que les pertenece, es síntoma de madurez. La conciencia refleja, la que no se desparrama sobre cosas y hechos, sino vuelve sobre sí, en procura de propia posesión, es conciencia desarrollada, conciencia trabajada, que ya ha iniciado su aprendizaje en la vida real, ha padecido el peso de los acontecimientos, y para mejor entenderlos y entenderse, se refugia por un momento en sí misma.

Siempre ha sido la juventud un tema biológico, psicológico, pedagógico o literario. Pero observadlo bien, no ha sido el de juventud un tema que los jóvenes habitualmente traten. Se limitan a vivir su juventud, con todo el brillo, toda la fuerza, todo el ímpetu que este período de vida importa. De ordinario tratan de la juventud, quienes ya la han perdido, y es regla general que pierdan al perderla, la facultad de tratar de ella, con toda esa vitalidad que el tema requiere. Si tarea improba demanda captar algo de la vida en conceptos, tanto más crece la dificultad cuando se trata de un momento vital, que en su propia fuerza arrastra consigo una carga de actividad y desorden, mayormente indócil a todo encuadre lógico. Y al perderse la juventud, se pierde esa connaturalidad tan necesaria para juzgar con acierto, para comprender con palpitación de vida, lo que es época, fragmento y estilo de vida. De aquí que los tratados de los filósofos sobre la vejez, y pienso al pasar en el "De Senectute" de Cicerón, huelen más a vejez auténtica hasta en el empeñoso deseo de encontrarle a esta edad un consuelo y un atractivo, de lo que huelen a auténtica juventud todos los trabajos y tratados escritos sobre ella.

Debemos resignarnos entonces a vivir la juventud, sin esa plena posesión que del objeto nos da el cabal entendimiento, o a entenderla en esa forma desvitalizada de quienes se empeñan en traducirla en conceptos cuando ya la han perdido irremisiblemente? No, creo que hoy estamos en el deber quienes no hemos dejado de ser del todo jóvenes, de asir esa realidad que se nos escapa, de mirarla en los ojos, de desentrañar su particular misterio y de vivirla en lo que nos queda de ella con plena conciencia y con plena responsabilidad; para lo cuál es menester poner a contribución todo lo que somos y lo que conocemos. Es preciso atacar con valor, que bien vale la posesión del logro, el dolor del esfuerzo. Y creo que esta época en que nos es dado vivir, esta época que dificulta tantas cosas, por excepción facilita o mejor dicho posibilita esta labor. Perdóneseme el lugar común en que incurro, pero no puedo eludirlo; vivimos una crisis histórica, una edad de crisis. Tan sin piedad para nuestras vidas, nos vienen repitiendo el odioso estribillo, que podemos caer en la tentación de creer que así como para cada presente "todo tiempo pasado fué mejor", también toda época histórica declama su propia crisis. Nada más inexacto. Hondas crisis, reales crisis históricas que trasciendan meros accidentes de una economía, o aún de una situación política, sacudidas que estremezcan desde los cimientos la sociedad toda, esas ocurren y se desatan de tanto en tanto.

De la Revolución Francesa acá ninguna generación ha vivido con la espina de la crisis tan clavada en la médula misma de su ser. Hombres de la generación que nos precede presintieron, profetas en su época, el curso de la historia, y el dolor de la visión se aumentó con el vacío en que cayeron sus advertencias. Ante la incomprensión algunos labios incluso se sellaron. Hoy la angustia se ha apoderado de muchos espíritus, se hace colectiva, la conciencia de la crisis sobrenada los diversos estratos sociales. Será mayor o menor la lucidez con que se la entienda, más o menos atinados los esfuerzos por situarse frente a ella, y los muy tímidos que se inician para superarla, pero lo difícil hoy es vivir con la seguridad alegre y confiada de las épocas de consolidación en que el futuro se descuenta y en los que se altera sólo lo accidental, modas y maneras, pero permanece firme lo fundamental, el bloque de creencias religiosas, leyes morales, instituciones jurídicas y usos de convivencia, sobre las que se apoya toda nuestra vida, tanto se la considere individual como socialmente. La época de crisis pone todo en tela de juicio, se niega a desarrollar lo dado, hace problema hasta de los fundamentos mismos. No es la maldad de un hombre— Dios sabe que no niego las repercusiones incalculables de un solo pecado —el agente de producción de una crisis. La crisis se produce cuando una situación histórica no da de sí una solución viable a esos problemas eternamente renovados que la vida humana importa. La contigencia, el cambio, la mutación son constitutivos de toda situación humana y por ende de la social. No es posible indefinidamente sujetar la vida social a leyes y módulos pensados o adoptados de una vez para siempre. Llega un momento en que tanto se ha apartado, o tanto necesita apartarse la vida de esas leyes y esos módulos, que el divorcio inevitablemente aflora, se hace de golpe patente lo que durante mucho tiempo fué sólo latente. Por eso toda crisis en medio de sus inevitables confusiones, de sus desmanes e injusticias, en medio de ese atropello a tantos valores culturales combatidos o ignorados, en medio de ese prebeyismo de maneras y costumbres que brota sin recato, acarrea no obstante todo ello al menos un beneficio y no pequeño, en cuanto importa al costo que fuere, un reencuentro de la realidad social histórica consigo misma, y una quiebra de formas, moldes y ataduras, cuya función ha perimido y que de buenos, útiles o adecuados, se han hecho realmente perniciosos. La crisis es el precio que paga entonces la sociedad para decirse a sí misma, su propia verdad.

Observemos entonces que la crisis importa: a) El cumplimiento de este deber de veracidad; b) en consecuencia una liquidación de creencias, estructuras y organismos cuya función histórica ha caducado, cuyas posibilidades o mejor aún las del hombre por su intermedio se han agotado; c) La formulación y ésto es ya intento de superar la crisis, de nuevas estructuras, órdenes y usos por lo que se encuadre y rija la vida en el porvenir. En estas batallas sucesivas toca a la juventud ser vanguardia heroica. Ninguna edad mejor para confesar y confesarse sin hipocresías ni contemporizaciones todo lo malo, lo estéril, lo podrido que haya en el estado de cosas que le toque vivir, aun en conciencia de lo que esa confesión pueda significar en personal perjuicio; y ello porque al joven duele más la conciencia que el perjuicio. Ninguna edad mejor para la ruda gimnasia de ejercitar la puntería sobre esos ídolos en cuya adoración se complace con maldad o con incurable tontería, que es lo más frecuente, todo el rebaño de los que nunca padecerán hambre y sed por la justicia, de los que nunca pusieron su mirada más allá del horizonte estrecho de su propia conveniencia. Ninguna edad mejor para esbozar, para esquematizar los nuevo módulos por los que se rija la vida en el futuro, pues ese esquema exige fértil imaginación y la juventud es imaginativa y porque esa vida le corresponderá vivirla a ella y es justo que le quepa entonces la responsabilidad de señalar el camino por donde se marche. Pero además la juventud en sí misma importa ya una crisis en la vida, lo que la hace más apta a la captación del sentido, a la vivencia aguda de toda época de crisis. Entre la niñez en que se piensa y se valora según los cánones paternos o la influencia del maestro y la madurez en que se realiza fiel o infielmente un proyecto de vida ya trazado, entre uno y otro período la juventud elige lo que quiere ser. Al borde de la conciencia histórica de su existir, se pronuncia conforme o disconforme con la situación que se encuentra al ingresar en el escenario de su actividad. Consiente o rechaza.

Oigamos en consonancia con lo que afirmo lo que desde España nos dice Laín Entralgo [1], joven también, pero también acucioso por entender su juventud: "Una situación histórica reciente y germinal... ofrecerá muchos más elementos al anhelo de los jóvenes que otra fosilizada y bizantina a fuerza de acabamiento. De ahí el inexorable auge de los jóvenes en las situaciones históricas verdadera y ostensiblemente críticas".

Al llegar a la juventud conoce el hombre que puede actuar activa y creadoramente en la historia, y cuando al desembocar en su juventud se hunde su ser en la situación de crisis, comprende entonces todo lo se le exige. Afirma Laín Entralgo [2], que en épocas de crisis ciertos hombres maduros retrovierten espiritualmente a la juventud en procura de adecuarse mejor a las nuevas circunstancias vitales. Yo deseo completar esa afirmación con esta otra correlativa, las



Escaneado con CamScanner

crisis maduran a la juventud, no porque le arrebaten su estilo propio que por el contrario se exalta, no porque la fijen en soluciones rígidas, pues mientras dura la crisis dura el reinado de lo provisorio, sino por la brusca conciencia que le dan de su propia juventud, de su responsabilidad histórica y por la forma en que se le abren o se abre el ascenso a los estratos superiores de la convivencia, a los puestos de influencia y de comando.

La misión de la juventud en tiempo de crisis me recuerda lo que dice el Eclesiástico ([3]) del profeta Jeremías "consagrado desde el seno de su madre para arrancar, destruir y arruinar; para edificar, plantar y reforzar".

JUAN MIGUEL BARGALLÓ CIRIO.

(*) Reflexiones sugeridas por el reciente Congreso de la Juventud, patrocinado por la Juventud de la Acción Católica y realizando con todo éxito en Buenos Aires los días 16, 17 y 18 de agosto.

([1]) "Las Generaciones en la Historia", Madrid, 1945, pág. 165.

([2]) "Las Generaciones en la Historia", Madrid 1945, pág. 143, en nota.

([3]) Cap. 49, v. 9.

MIRILLA

¿Quién ha podido leer noticias de afuera en estos días en que se nos vino encima, de nuevo, la angustia del año pasado, que muchos creímos *pasado*? Apenas si hubo tiempo para asomarse al fárrago del discurso en que el definitivo señor Molinari hilvanó su plañidera defensa de lo que ni ebrio ni dormido debió, *él tan luego*, ensayar; pero que la musitó ante el silencio, más que culpable, de un grupito de provincianos en trance de senadores patricios, más o menos elegidos por el asentimiento de legislaturas constituidas en pro del segundo término de aquel famoso dilema: o Braden, etc. Vemos ahora que eran valores intercambiables.

Como la Argentina nos duele, hemos pasado toda la semana deverando la repercusión del voto en los telegramas del extranjero, los fatigueantes artículos de los diarios argentinos, el vergonzante espiche del ministro afectado, la pulverizante respuesta de Amadeo, los terribles versos de algunos patriotas y las lamentables declaraciones del embajador de nuestro Ejecutivo ante el tambaleante gobierno de Washington. ¡Como para tener disposición y tiempo de asomarnos a la mirilla de los acontecimientos universales!

Pero volviendo a la mala palabra, pues los anagramas de Chapultepec son tan múltiples como impublicables, recojamos para confrontarlos más tarde con lo que sucederá, que la defensa de quienes propugnan su aceptación ([1]) es, en el campo oficial, que las famosas Actas *no obligan*: son meras declaraciones de deseos cuya ejecución está supeditada en cada caso a una posterior aprobación expresa; y en el campo oficialista que las Actas, aunque sean ratificadas, *no serán cumplidas*. Si bien se mira ambas actitudes son parecidas y ambas, por cierto, falsas. Esos maquiavelismos de talabartería, desde luego que falaces, regirían sólo *inter pares*. De ratificarse las Actas, su cumplimiento nos sería ferozmente exigido hasta el último maravedí, no sólo en la letra sino en las consecuencias más inesperadas del último inciso del más inocente de sus indeterminados artículos, redactados en ese superinglés de masonería en que están malparidos.

No queremos retirarnos del tema sin dejar un recuerdo cariñoso para esos deliciosos petardos con que caritativamente un grupo de prudentes patriotas jóvenes va despertando, al son de su dulce ruido, la dormida opinión pública y poniéndola en trance de darse cuenta de que *está sucediendo algo* OTRA VEZ en la entraña de la patria.

Con todo, sería desperdiciar temas no referirnos al reciente episodio yanqui-serbio. (Llamemos a Yugoeslavia por su nombre, pues su designación actual ha sido creada para confundir más el pastel balcánico).

Tito estaba en un pequeño bote paseando en una laguna, comienza el relato, cuando vió pasar un avión de pasajeros en torno del cual volaban dos aparatos de combate. Creyó que se trataba de un simple ejercicio. "Sin embargo, poco después —dice— oí descargas de ametralladoras y el ruido que hacía el avión al estrellarse". (La Nación, del 23 de este mes, últ. col. de la 1ª pág.). Hasta aquí los datos del cuento. Veamos su realidad y su consecuencia.

Tito, bandido internacional, integrante que fué de aquella banda capitaneada aquí por Di Giovanni, allá por 1931, lugarteniente ahora de Stalin en Serbia, obligó, días antes, a descender a otro avión de pasajeros yanqui que sobrevolaba su territorio y metió presos a los tripulantes. No contento con eso hizo ametrallar con cazas norteamericanos cedidos en préstamo y arriendo, al otro avión del relato, cuyos pasajeros perecieron carbonizados.

¿Casus belli? No. La indignación yanqui está reservada a países no protegidos por Rusia. Guarda toda su energía para, a falta de otro pretexto, mandarse la parte con nosotros, por ejemplo, porque no repatriamos a unos cuantos alemanes. Con Serbia se limitó a mandarle una larga melopea, que los diarios le llamaron ultimátum, amenazándola que si a las 48 horas no devolvía a los pasajeros, solicitaría de la U.N. "que se reúna lo antes posible y adopte las medidas pertinentes". De más está decir que Tito dejó de pescar, libertó sólo a los no carbonizados, (no podía hacer milagros también) y permitió que una comisión norteamericana visitara las tumbas de sus compatriotas ametrallados a pleno sol, sin aviso previo y mientras ambos países mantenían relaciones amistosas y asientos vecinos en torno a la mesa de la conferencia de paz en París.

A través de este episodio de Tito se percibe o debilidad diplomática de Norteamérica o bien que la tensión entre los grandes es tan grande que teme precipitar la tercera guerra con una actitud más enérgica.

Dejemos esta última alternativa para argumento de quien se anime en nuestra Cámara baja a propiciar Chapultepec mediante la amenaza de un conflicto que iría a estallar "talvez dentro de pocas horas", como lo sugirió el tremante senador de imborrable recuerdo ([2]). Nosotros seguimos creyendo que la mejor bomba atómica de Rusia es la pésima conducción de la diplomacia yanqui.

CLEMENTE ESPEJO.

([1]) En el momento de escribir esta nota la Cámara de Diputados no había aún considerado el proyecto aprobado por los senadores. Como la esperanza es lo último que se pierde, señalemos que en aquella hay mucho mar de fondo; que Cipriano, el principal coautor del 17 de octubre, está en contra; que la Comisión, de presidente abajo, está en contra y que muchos legisladores patriotas, a pesar de mil tironeos, se mantienen firmes. Por otra parte seguimos creyendo en la fuerza de los factores imponderables y ¿por qué no decirlo? en la gravitación del Angel de la Argentina.

([2]) Y a propósito de ese argumento ¿qué relación hay entre una eventual guerra de Estados Unidos y Rusia y la aprobación de las actas de Chapultepec? Hablemos claro. Supongamos que estallara el conflicto y que la Argentina se viera precisada a apoyar la acción de los americanos del norte. Confesemos que ante esa eventualidad sería posible tamaña desgracia. ¿Y qué? ¿Sería mejor para nosotros y para ellos que estuviéramos maniatados? No. Nosotros, sujetos a los lazos de un pacto envolvente le daríamos una adhesión automática, fatal. Y ellos se perderían el entusiasmo de nuestro aporte y el imponderable sentido del concurso voluntario de un país libre y soberano que, como *decía* el actual presidente sabe dar por las buenas todo y nada por las malas.

INSTANTANEAS

En una mesa del Tortoni.

El figurón. — ¿Y qué le parece, mi amigo, nuestro embajador?

El joven incorrecto. — No es muy versallesco que digamos.

El figurón. — Sin embargo, ha declarado que debe mucho a la cultura francesa.

El joven incorrecto. — Sí, parece que estudió cirugía en Francia.

El figurón. — No será usted de esos orteguianos que abominan de los especialistas.

El joven incorrecto. — Al contrario, me gusta ese refrán griego que envía al zapatero a sus zapatos. Además, su profesión le ha servido a nuestro embajador para cultivar la amistad del de los Estados Unidos en nuestro país.

El figurón. — Sí, he visto que lo atendió de una afección intestinal.

El joven incorrecto. — Claro que eso es peligroso. No me negará Vd. que puede afectar la cosmovisión del doctor Ivanissevich, o cuando menos, su visión del mundo norteamericano. Mirar Norteamérica a través del colon de su embajador es un punto de vista ciertamente no previsto por el filósofo español.

(El Figurón se queda absorto mirando su café, y espera el próximo editorial de "La Prensa" para tener opinión).

Esposos jóvenes en un departamento "bombonera".

El. — (Leyendo el diario). Así que ahora van a tener voto.

Ella. — (Dejando el bordado). ¿No te parece bien?

El. — Me parece ridículo.

Ella. — Sin embargo, hoy por hoy, la mujer está tan capacitada como el hombre.

El. — Decía Corneille que a las mujeres les falta algo... y Menéndez y Pelayo no deja de estar de acuerdo.

Ella. — Como lo prueba el caso de Santa Teresa.

El. — Santa Teresa era una santa. Pero el gobierno no es lo mismo que la creación literaria.

Ella. — En efecto, Isabel la Católica no es lo mismo que Santa Teresa.

El. — Sin embargo...

Ella. — Con tus pavadas políticas no me dejas bordar.

El. — (Toma un grueso libraco, lo abre y lee). *In mulieribus, ut in pluribus, modicum viget ratio propter imperfectionem corporalis naturae. Et ideo, ut in pluribus, non ducunt affectus suos secundum rationem, sed magis ab affectibus suis ducuntur.* En las mujeres, a causa de la imperfección de su cuerpo, tiene poca fuerza la razón. Y por ésto, comúnmente, no conducen sus afectos conforme a razón sino que más bien son dominadas por ellos.

(Aclaramos que no se trata aquí de la falta de imaginación de las viejas películas yankis, en las que, verbigracia, cuando el muchacho no sabe por cual de las dos artistas decidirse, el pastor abre la Biblia y por carambola le salen los versículos que cuentan cómo Labán dió por esposas a Jacob sus dos hijas Raquel y Lía. No, el protagonista de nuestro diálogo ya tenía señalada la página de Santo Tomás).

En el tren de las 14 y 28.

El Soñador. — Sí, ahora creo que hubiera sido preferible que triunfara el gordo y democrático doctor Tamborini.

El Realista. — No se me alcanzan los motivos de su cambio de opinión.

S. — Muy simple. Si hubiera ganado la U. D., Chapultepec no se firmaba.

R. — ¿La razón?

S. — Pues que el ejército no lo hubiera permitido.

R. — Acaso esté usted en lo cierto. Pero, aún así, prefiero el triunfo de Perón con Chapultepec que el de Tamborini sin Chapultepec.

S. — ¿Pero se ha vuelto Vd. panamericanista?

Escaneado con CamScanner

R. — No tal. Pero tampoco me gusta quedarme en la superficie de las cosas. Y piense usted, que de haber ganado la U. D., nuestro pueblo habría demostrado carecer de sensibilidad para lo nacional, con lo que poco hubiera importado la ratificación o no ratificación de las actas por el gobierno.

S. — Entonces la derrota de los democráticos...

R. — La derrota de los democráticos indica que, por encima de las actas, de las constituciones, de los partidos, del gobierno y de la oposición hay un pueblo que quiere, simplemente, ser.

S. — ¿Entonces Vd. cree que Perón ganó por la soberanía, y no por la justicia social?

R. — No soy tan ingénuo. Aún si nunca se hubiera acordado de la soberanía las elecciones eran suyas. Pero ahora los tópicos nacionalistas han prendido en el pueblo. Si hasta los anacrónicos radicales han entrevisto algo y se han puesto a hablar de las Malvinas, y un día de éstos nos van a salir con lo de Tarija.

S. — Entonces...

R. — Entonces esté seguro de que el lema o mejor el dilema "Perón o Braden" no ha sido para el pueblo una simple cuestión entre dos cuerudos, sino una cuestión de ser o no ser para la Argentina. Y desdichados los que se nieguen a ver ello.

SIMÓN DE BEAUREGARD.

DIARIO DE UN BUZO

El buzo, literato fracasado, al que le obsesionan las ideas mientras se le escabullen las palabras, que anda entre las letras como si anduviera entre cañaverales, tal es la atención con que escucha los rumores de su mundo de imágenes y sueños, por esta vez ha dejado su diario sin datar. El buzo quiere hundirse mar afuera, como en las noticias de la guerra se hunden con sus tridentes escuetos los submarinos; quiere no ser acosado por ninguna semblanza, por ninguna glosa, por ninguna advertencia de nuestra actualidad. Tiene muchas cosas que decir pero confiesa tener también muchas cosas que añorar.

Por eso no te extrañes, lector, que el buzo se vaya lejos del presente hasta alcanzar los tiempos de unitarios y federales. Tiempos de soledad y de coraje, de mujeres como flores y hombres arraigados como árboles. Los días sin fiebre entonces transcurrían; aunque con furia acudía cada cual a ganarse su destino. Los días tenían su color, de mañana y su sombra a la tarde. Y el campo todo era una gloria que el viento se llevaba al cielo. Y la ciudad de Buenos Aires era una ciudad de chacras y de charcos; donde los viejos unitarios con una dignidad verdaderamente real no daban vuelta la cabeza, como decía Sarmiento. Y donde por las azoteas que sirvieron para orinar a los ingleses, a toda hora aparecía el río. El río que como un búfalo bufaba —si es que los búfalos bufan— al acercarse a castigar las lomas.

Así, en el buzón del buzo hemos encontrado estas notas.

No era ineludible que unitarios y federales combatieran incluso en esa zona de libertad de iniciativa que decide, propia de la política; ni que la lucha civil ocupara el lugar de una lucha política y anulara así la libertad de opción estrictamente política que especula siempre con situaciones no definitivas, que vive más de cálculos que de sueños y termina donde empieza el irreductible hecho consumado.

Esta mala connotación política de nuestras luchas civiles, esta falla de juicio de una última instancia social, destronca al cabo nuestras certidumbres patrias provocando un fenómeno de languidez, de amnesia del yo o de los yo nacionales, al punto que de país nervioso, cruento, batallador, nos hace país plácido, insípido, maleable.

La lucha entre unitarios y federales no debió de mudarse y sucumbir en el terreno político. Era demasiado natural, contenía valores demasiado auténticos, insubstituíbles, de orden harto profundo, valores demasiado penetrantes en nuestra realidad, en nuestro ser, interesaba potencias de las que nuestro crecimiento sano dependía. Quizá la vacancia de entidad, inspiración, o estro político, dió ocasión a que el sentimiento de patria y el sentimiento de época se erguieran antagónicos, concluyentes, encorajados y se encarnaran en estado puro, sin matices y sin graduación, tomando su partido de inmediato. De suerte que los compuestos del país —el país acendrado, el país caudal— unitarios y federales, afloró sin trasiegos, sin tercerías en peligrosa promoción política.

Ahora que, como unitarios más federales eran la suma entera del país, como a la ciudad donde quiera se levantase se allegaba la campaña, lindaba con el desierto y la civilización con la barbarie, como el ademán del caudillo o del civilizador arrastraba leguas de espacio o leguas de sueños; y como el país quedaba dentro, encajaba bien en uno de estos géneros, es claro que al extinguirse lo unitario y lo federal se extinguió el país, ese país de antaño. Toda una continuidad de pasado, una continuidad perviviente va a agotarse y morir allí. La unitario y lo federal como en la filosofía de Leybnitz eran las mónadas donde se acendraban las fuerzas primitivas del país, sus unidades anímicas, dinámicas, intensivas, sus únicas sustancias indivisibles, sus principios activos y sus fuerzas verdaderamente orgánicas. El alma, la memoria del país, se contenían en ellos y su totalidad abarcaba el universo nacional que era ese universo de mónadas. Fué una tragedia, además del caos —desintegración de formas— que no se comprendieran. Cualesquiera de esas fuerzas terminales eran indispensables para el desarrollo en equilibrio del país. Privarlo de ellas era desequilibrarlo, vaciarlo, hacer de él, otro país, no desarrollo del mismo, transformarlo.

Por esta estéril enfrentación de valores se eclipsa definitivamente la tipificación de lo nacional y la posibilidad que fermentaba desde la colonia. El país bajo su apariencia lozana de vergel capaz de recibir a todos los hombres del mundo, esconde o no esconde sino exhibe, su pobreza espiritual, se resiente de la quiebra con su pasado, y lo que es aún más angustioso, de la quiebra con lo que hasta entonces fué su presente. La organización nacional vestirá a un país que no será ya el mismo, pero que tampoco ha conseguido ser otra cosa y que, mientras tanto, en el largo intervalo que se prolonga, mientras se hace contemporáneo sabe cómo es ni lo que es y a veces teme no estar despierto, no ser nadie o no ser nada, no concluir de dejar de ser.

SANSOYO.

COMO ENTONCES, AHORA

A título de expresiva ilustración de la modalidad tradicionalista española, de cuyo hondo arraigo en el alma peninsular existen sobrados ejemplos ilustres y cuya nota más persistente es dable escuchar aún hoy en numerosos documentos y discursos notorios, trascribimos a continuación algunos párrafos de esos estudios políticos de que fué autor D. Francisco Navarro Villoslada, de inolvidable fama tradicionalista.

"España necesita, decía, un hombre que sea hijo de las entrañas de la patria, que tenga los sentimientos hidalgos y generosos del pueblo español, su ardiente fe, su valor caballeresco, su constancia tradicional. Un hombre que diga al padre de familia: tú eres el rey de tu casa; y al municipio: tú el rey de tu jurisdicción; y a la diputación: tú la reina de tu provincia; y a las Cortes: yo soy el rey: vengan aquí las clases todas de que se compone mi pueblo; venga el clero, venga la nobleza, venga la milicia, venga el comercio y la industria, y venga la clase más numerosa y más necesitada de todas, la clase pobre, o mejor dicho, la clase de los pobres; vengan a exponer sus quejas, sus necesidades; pero tened entendido que aquí no mandan los sacerdotes, los nobles, los militares, los abogados, los comerciantes, los industriales ni los jornaleros; el rey soy yo. Yo a la Iglesia la daré libertad y protegeré su independencia; yo no nombraré un canónigo ni un cura párroco; yo renunciaré mis privilegios en favor de la Iglesia, de quien los he recibido; yo capitalizaré las asignaciones concordadas con la Santa Sede y se las entregaré a la Iglesia en títulos de la Deuda; yo dejaré en libertad a toda comunidad religiosa, para establecerse dondequiera, cuando quiera y como quiera, con tal de que no pida al Estado más que amparo y libertad. Yo daré libertad y protección al comercio, libertad y protección a la indutria, libertad y protección a la propiedad, y a los pobres el pan del orden, de las economías y del trabajo, que es su verdadera libertad. Abogado, a tus pleitos; no busques en los bancos del Congreso la clientela que no has sabido conquistar en el foro; médico, a tus enfermos; no vengas a matar con discursos políticos a los que no puedes curar con tu recetas; escritorzuelo, a la escuela; aprende primero lo que te propones enseñar; empleado, a tu oficina; la nación te paga para que la sirvas, no para que medres en los bancos del Parlamento; y a trabajar todo el mundo, que la política está siendo la trampa de la ley de vagos. Yo reduciré los empleos a la tercera parte de los que hoy se pagan; y reduciré la clase de cesantes con sueldo, empleando a todos, sin distinción de colores políticos, por orden de antigüedad, y manteniendo en su empleo a cuantos lo sirvan con inteligencia y probidad, aunque hayan sido progresistas moderados o republicanos; yo reduciré asimismo los presupuestos y os daré el ejemplo de modestia para que gocéis el fruto de las economías. Yo pagaré las deudas que el liberalismo ha contraído y procuraré no contraerlas más. Yo me pondré a la cabeza del ejército, y protegeré las ciencias, las letras y las artes: yo llamaré los sabios a mi país, las letras y las artes a mi palacio, los pobres a mi mesa. Y lo perdonaré todo, lo olvidaré todo; quiero ser padre antes que rey; mis brazos se extenderán más pronto para abrazar que para mandar".

BALCON

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración:
Sarmiento 930, 6º piso B.

Suscripción anual $ 15.- Trimestral $ 5.-
Semestral $ 8.- Número suelto $ 0,30

CORREO ARGENTINO
Central

FRANQUEO PAGADO
Concesión Nº 3775
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 3186